



Biografía

CHARLES DA PONTE

(Asunción- 1973)

En 1993 ingresó a la Facultad de Arquitectura de la Universidad Nacional de Asunción. Colaboró en publicaciones varias del ámbito estudiantil universitario (La Cigarra Afónica, Sobras Completas, El Expreso Literario); su inclusión en la revista juvenil Timoteo 10/20, a mediados de la última década del siglo, representó su primer contacto con la ilustración profesional.

En el año 2000 se matriculó en el Instituto Superior de Arte. Ese mismo año se inició como ilustrador en la revista de arte Los Cronopios, que devino posteriormente en el semanario cultural de distribución gratuita El Yacaré (2001/2006), donde además participó activamente en el equipo editorial y de redacción.

En el 2002 obtuvo el Premio Jenaro Pindú de Dibujo y Pintura.

En el 2007 la antología de cuentos cortos Anales urbanos incluyó no sólo sus ilustraciones sino también un texto de su autoría, «Cosas de la vida» que luego sería adaptado al teatro (2010), junto con otros cuentos del citado libro, y presentados en la obra «Topus Urbanos».

En el 2008 obtuvo el segundo premio del Concurso de Cuentos Dr. Jorge Ritter, en la categoría adultos, y una mención en el Concurso de Cuentos Cortos Premio Cabildo, categoría lengua castellana.

Como profesional independiente ha realizado trabajos tanto para diseñadores freelance como para las editoriales En Alianza, Santillana Paraguay, Jakembo, El Lector, Piquete de Ojo y Arandurã, todas de Asunción. Ha intervenido gráficamente en textos curriculares primarios y secundarios, en revistas como Guarara, Mamanga, Konde Orgazmo y La Citi, en cuentos para público infantil, páginas web, campañas de organismos gubernamentales y no gubernamentales, en proyectos de animación para web y TV, en libros de cuentos o de poesía para público adulto, storyboards y una miríada de material visual de la más diversa naturaleza.

En el 2011 participó de la muestra de ilustración Ilustrátena y fue incluido en la publicación Objetivos de Desarrollo del Milenio trazados. En el 2012 colaboró en la organización y expuso como parte del evento de ilustración Ilustráfico. Se ha atrevido con cómics, afiches, logotipos y fotografía. Paralelamente, construye su obra en el campo del dibujo artístico.

Sus herramientas incluyen plumillas, rotuladores, estilógrafos, lápices, portaminas, cámara Canon, Adobe Photoshop para PC y tableta Wacom.

En la web se desdobra en:

Dibujos - www.grafolepsia.blogspot.com

Ilustraciones - www.charlesdaponte.blogspot.com

Textos - www.textosuelto.blogspot.com

Fotografía - www.flickr.com/photos/charlesdaponte/

Facebook - www.facebook.com/charlesdaponte

Obras Narrativas

SOLOS

Le dan a uno ganas de vomitar

o de dormir eternamente

o de asesinar y bañarse en sangre ajena.

Sin consuelo alguno, ¿qué será de mí cuándo el sol esté despierto?

En la casa ya no quedan estrellas.

Las luces de la calle se han encargado de confiscarlas y clausurarnos los brillos.

Me acurruco en los regazos del silencio,

bajo el canto de los grillos.

Sé que estás al lado, esperando angustiada,

pero si abro la boca solo saldrán pájaros muertos.

SOLTANDO AMARRAS, ROMPIENDO BOLSA

Tocan a la puerta, dragón, y en si bemol para colmo. Soltá un cherejapé para que haga afuera sus necesidades, y de paso dame algo de lumbre aquí que todas las velas andan desplegadas y no hay marino que las entienda.

Quedan solamente algo de café en la heladera y las curuvicas en el suelo del último pan de la mesa vecina.

Paralelos a la ventana, el alumbrado público, el espacio público, el teléfono público, el baño público, todo utilería y vigilancia light privada y al contado. Y aquí abajo, nosotros, privados también. Privados de lo que quieras.

Continúan llamando a la puerta, dragón, pero ésta se hace la sorda y prefiere mirar a otro lado. Ojala no sean, una vez más, testigos de jehovás que quieren llevarme a juicio, al buen juicio y, para colmo, al juicio final. Pues, para que sepan, los bolsillos me pesan con piedras suficientes: piedras de la locura. Así que vade retro y vade alternativo y vade tecno. Porque ya lo advierten en tevé, si golpean ofreciendo un electrodoméstico, una promesa, o un cosmético, o incluso remedios tuyos, no abras, no abras porque abundan terroristas islámicos de la cía promocionando sus sistemas de seguridad de segunda mano, de un primer mundo que se hunde en colesterol e histeria. No abras ni cadabras. Abrir.

Abrir la puerta, abrir la mente, abrir los ojos, abrir los brazos, abrir las piernas, abrir es un verbo poderoso. Habráse visto. Ali Babá lo sabía, sí señor, con todo eso del sésamo, el alpiste, el salvado, el perdido, el colgado, el tarot, etc. También Jack el destripador tenía ideas muy agudas respecto al verbo abrir.

Y así nomás es:

uno se abre y lo tira todo sobre la mesa: vísceras, fluidos, masas de tejido orgánico que hacen ¡plash! cuando caen y

manchan todo con su presencia. Escena acompañada por revolotear de moscas y muecas de color verde.

Lo mismo uno se abre.

Se rasga la máscara y dice “adelante”.

Y a nadie más parece gustarle.

SIN SALIDA AL MAR Y DALÍ CON HEMORRAGIA

Llevo a Dalí

desangrándose hoja a hoja en la mochila,

con un banderín en los bigotes, y un detector de metales conectado a su herida.

Le practico un torniquete a la jornada sospechando, siempre sospechando, que una muleta es una muleta es una muleta, aunque la forres de seda y la vistas de lana y maleta se queda, ¡ni un paso más! No hay que mover al herido. Nadie se mueva y nadie saldrá querido. Pero menos es insuficiente, menos mal que nos entendemos, porque esto es el río Babel, chera'a, nada más quien nada menos; aquí los eventos se desentienden de sus causas.

Me despeinan los vientos que soplan

desde el sur de la luna rampante.

Aparto un mechón de pensamientos.

Every beat of the heart me faz dizer um nome que não conhesse.

Ardiendo, pero sin consumarse, la zarza puesta en una maceta puesta en un barco puesto en un océano, espera su momento de soltar anclas y echar raíces en aquel famoso monte de Venus donde, after-diluvio, encallara el arca de no-es. Y a ver quién canta este salmo no es mío, para mayor gloria del arpón que ose lanzarse a las carnes colosales de tus caderas desbocadas.

TIMBRE

Apenas retazos ciegos y manotazos harapientos. Lo que queda

es esta sala de espera de años

o dejar de hacer la cola y llegar de una nomás ya a la ventanilla.

La ceguera voluntaria es una puerta ancha y si te he visto, no me acuerdo.

Hay para todos pero pase más atrás.

Andá, just like that, chera'a,

ndaipóri la tuku chini ni un punto exacto.

Esto es el vagabundeo furioso del buscapié hasta que se agota

y a otra cosa, cangorosa. ¡Chofer, en la próxima!

TRAMPA II

El día ya había decidido ponerse hermoso y cruel antes que me diera cuenta. Lo siento. No tenía idea cuando terminé el desayuno y se me apareció irme; entonces, salí sin resistencia. Y ahí nomás que resbalo y me quedo borroso, dilapidado, despilfarrado.

El cielo está como para ahogarse en él, ¿viste?,

dan ganas de no aprender a nadar nunca...

y hundirse, abandonado, sin más,

sin mucho espaviento,

sin tanto tiburón ni tanto titanic,

bye to the traffic

vai embora, meu anjo...

TRAMPA III

... nudos que recorren el cuerpo.

Humedad que lo envuelve todo cual mburukuja constrictor

del mismo color que el mundo.

Y la sensación de estar pegado

a la suela de un gigante azul.

...Llovizna, primero,

mucho gris ondulado, después,

rostros sin ojos y anonimato condensado en niebla.

De repente el cielo se abre

y me muestra los dientes...

hambriento.

“Y HE AQUÍ QUE TUVE OTRA VISIÓN”

Las tijeras de podar, manchadas de plumas, me agujerean los bolsillos después de la faena, ¿o son los pétalos de jazmín que robé a la madrugada? Qué tiempos, señor, qué tiempos. Tengo los labios partidos y el alma resquebrajada, no sé cuál duele más. ¿Quién nos mintió con tantos cuentos de hadas? It's you that i adore y todo ese jarabe delicioso; sangre en sachet, colorante número, conservante número, excipientes varios. El silbato de la foto digital de una locomotora a vapor atraviesa el azul profundo de un cuadro de Chagall, en flagrante efecto doppler, y me devuelve al momento justo en que elefantes alados, que migran a morir en climas más cálidos, pasan arrollando ángeles en su severa estampida.

CALAVERA SANTA

Tómame una radiografía

allí, donde sonrío siempre

Toca un solo en mis costillas

que la noche se pierde

Bebe la sangría que pende de mi costado

y traicióname antes

que el día tres veces cante

Quién sabe qué podría escribirte

si no tuviera las manos en tu cuerpo

Así que tómame una radiografía

y aparta esta roca, que la guardia duerme

y yo te sigo, despierto.

SOBREEXPOSICIÓN

Del trasluz reflejado en la superficie de

este lago que no termina de ondularse cuando

sopla el viento de tu aliento perplejo ante

el rápido cambio de las condiciones climáticas en

mis ojos que te observan desde dentro de

esta pecera nublada que

has posado en tu regazo y hierves.

Y el gato nos mira sin interés

Y el cielo se lleva a las aves a pasear

y las luces encienden sus trinos ciegos

en esta ciudad de muertos vivos y ultraestéticos objetos.

TV ERGO SUM

en off

tanto lip-sinc

tanto talk-show

tanto cameo y tanto te acosa

te alejas flotando a dos milímetros de las baldosas

y no hay canal de tv que reproduzca tu sombra

hi-fi, wi-fi, home-theater y todas esas cosas

Así que ahora esto y ya manchaste la alfombra

Me convidas un pedacito

como cualquier promotora

y te alejas flotando

pintando de agua las baldosas flojas.

**Del poemario inédito 'Precipitaciones dispersas'.*

¿Y ENTONCES?

Entonces acostarse y mirar el cielo raso blanco. Mirar, nada más, hasta que los ojos dejen de enfocar y de la realidad no queden sino manchas difusas, como gotas sobre el papel higiénico. Después, contar los mosquitos posados en ese yeso tan blanco y tan colgante, esos bichos que esperan el menor descuido tuyo para beberse tu sangre y encima hacerte una roncha, los muy asquerosos. Chupasangres. Mosquitos. Vinchucas. Empresarios. Políticos. Colegas. Amigos. Todo el mundo con la trompa metida en tus venas, succionándote algún elemento vital. Entonces, desviar un poco la atención pero continuar mirando. Hundir la vista en la propia cabeza, perderla en las órbitas vacías; luego

voltear, a derecha o a izquierda, no importa, luego atragantarse con los globos oculares. Luego continuar la vigilia en vigilancia del cielo raso hasta dejar de verlo, con la almohada deformándose, milímetro a milímetro, bajo el cuello y el cráneo hasta el punto exacto en que habrá de ser eficazmente potenciado el dolor en la nuca del día siguiente. Eso es tener perspectiva de futuro.

Entonces, el televisor, tan oscuro, tan tecnológico él, pero presente, dispuesto, un monumento a la civilización, una pieza escultórica estúpida, ciega y muda; encenderlo no es que lo ayude en mucho, más bien al contrario, lo acentúa para peor. Mejor apagado. Mejor en pedazos en el piso de la habitación. Mucho mejor arrojado contra algo: eso, un poco de efecto, contra una pared, cuál pared, tantas paredes, contra el computador, o contra la ventana de un sexto piso que dé a una calle muy transitada. Frente a la pantalla oscura, una taza de té usada, como un animalito de cerámica dormido, una ofrenda votiva en el altar de la nada; según algunas publicaciones de arqueología, ha estado allí desde épocas remotas, cuando los días tenían nombre y número y se ordenaban en series que marchaban jubilosas hacia el horizonte.

Sosteniendo ambos elementos disímiles, el aparato de TV y la taza de té, con ustedes: la mesita de madera sin pintar, con rueditas en dos de sus patas cortas. Solo en dos. Qué curioso me resultó siempre lo de las rueditas solamente en dos de las cuatro patas; hay como una fractura de la continuidad del tejido de la realidad cuando se mira a las patas de la mesita, esperando encontrar la tranquilidad de lo simétrico. Pero no. Rueditas en dos de las patas, las otras condenadas a la chatura de las baldosas. Entonces.

Un ruido brusco desde el vecino; una ventana o tal vez una puerta cerrándose de una vez, y sin embargo, interminablemente. Madera golpeando madera. Desde otra casa vecina, el llanto de un niño pequeño acosado por la voz de alguien mayor. Y eso que todavía no has visto nada, chiquito. Humanidad golpeando humanidad. Rastros menudos de acciones sin ninguna importancia y carentes de sentido. Cada minuto que transcurre, un lago de aceite. Una elasticidad infinita la de cada sesenta segundos. Entonces, mirar el cielo raso o decidir que ya fue suficiente y me bajo en la próxima parada, chofer. Toque el timbre una sola vez. Yo conduzco pero dios me guía.

Entonces, ¿qué? ¿Libros? He estado leyendo hasta tres al mismo tiempo, mezclando argumentos y personajes, reinventando las tramas, sustituyendo páginas, y cada vez el embrollo se parece más a la vida tal y como la conocemos. Otro callejón sin salida. Vuelvo a mí, cabizbajo, con deseos de abrazar fervientemente el analfabetismo. Todavía podría juntar todos los volúmenes de la casa y preparar una espléndida fogata en el patio para hacer señales de humo o invocar a la lluvia. ¿Y si me doy una ducha? Puede que eso ayude. Aprovechar los últimos años de agua dulce que nos quedan a todos. O dormir ya, ya, de una buena vez, con la esperanza de no despertar mañana y seguir de largo, o de despertar mañana y haber olvidado este tipo de momentos que de repente me asaltan y me desvalijan, o se me enredan en las tripas, como si hubiera comido algo pasado, o como un gran, gran pozo que me cayera encima, o como estar despierto. Eso, como estar despierto. En fin. Tantas posibilidades me aburren. ¿Entonces?

Entonces, nada. Todo descartado. Siguiendo. El mosquitero, sin recoger, cuelga a un lado de la cama, una medusa gigante flotando en el mar muerto de esta noche. Otra noche sin cruz ni marca. Apenas los segundos, pulsando silenciosamente en el despertador digital, ese de plástico rosado, a la derecha, puesto sobre lo que fuera una caja de vinos en un pasado que me resulta enteramente inimaginable, y que hoy sirve de asiento a tan cursi reloj, además de algunas revistas y una caja de preservativos. Veamos: tiempo, pasatiempo y el delicado bouquet del sexo plastificado. Una maravilla. Entonces respiro y oigo mis latidos y siento el áspero cordel del tiempo enhebrándome el cuerpo entero. Un equipo de sutura para remendar, de una buena vez, este pequeño y molesto desgarrón en el tejido de la nada que lleva mi nombre bordado, para ponerle un parche final a este accidente idiota que sigue aconteciendo día tras día tras día. Bien, gracias, cómo está usted. Señor, señora, ¿Entonces, nos vamos?

Entonces prefiero imaginar que los límites del Universo coinciden, esta noche y solo por esta noche, en una oferta sin precedentes, con los de esta casa. Esta casa por la que vago como un fantasma, borrando mis propios rastros, poniendo en su lugar lo que desordeno, lavando mis propias huellas, deambulando con los ojos espantados y sorprendidos de continuar otro minuto, otro paso, otro día, en una especie de animación ridículamente suspendida que se extiende hasta el hastío. Más allá de los límites del Universo, dicen los navegantes experimentados, están los Abismos del Confín, pulcramente organizados en incontables ventanillas con empleados absolutamente inútiles, y en kilométricas salas de espera de aeropuertos inexistentes, adonde nadie llega, de donde nadie sale. Los que se arriesgaron a ir más lejos aún nunca regresaron, afirman el vulgo y los aventureros de pacotilla. Aunque pensándolo bien, ¿por qué habrían de hacerlo?, ¿por qué habrían de regresar los muy hijos de perra?

Aquí adentro, entonces, reposo. No se escuchan las explosiones y bocinazos del tráfico; apenas sí, y muy de cuando en cuando, el motor de la heladera en la cocina que se pone en marcha. Y eso es todo. Resulta bastante tranquilo; hasta esperanzador, si se quiere. Como si el mundo entero se hubiera muerto y estuviéramos en pleno velatorio; de hecho, hasta huele como si fuera uno. Y eso que nunca me han gustado los velatorios, por innecesarios, por excesivos. Todo ese ritual agotador y autoflagelación pública y las mentiras al viento, y el principal protagonista es un cadáver. Un desperdicio. Deberían cobrar entradas. Por otro lado, todos estamos muertos. ¿Y entonces, por fin?

Pues que sigo aquí, echado. Mi récord ha sido pensarme de pie y estirando la mano para accionar, finalmente, el picaporte de la puerta del frente. Redoble de tambores. Me veo recorriendo el camino hasta el portón de la verja, con mirada altiva y paso decidido. Es ése el preciso momento en que se meten en tromba, y en dirección opuesta a la que llevo yo, las secuencias posibles, los instantes plausibles, las posibilidades ciertas, los inevitables encuentros, la idiotéz suprema de un gran rodeo por el exterior sólo para terminar de nuevo aquí mismo, mirando el cielo raso, contando mosquitos que esperan pacientemente para arrojarse sobre la yugular de uno y decidiendo, finalmente, no salir de la casa. Una vez más. "Tu problema es que te la pasás encerrado todo el tiempo", me dijo un compañero de trabajo, "Tendrías que salir más, divertirte, tratar con gente". Después de eso, empecé a llevar mi "Taurus", calibre 45, todos los días a la oficina, en el maletín, debajo de los papeles; cuando estaba muy tenso, la acariciaba un poco y luego seguía con lo mío. Debe ser el stress. O la edad, supongo. Quizá necesite vacaciones. El teléfono suena. No. Es el timbre. ¿Y ahora qué?

DOMINGO EN FAMILIA

Volvió a colocar todo como estaba. No, no era así. Claro, la manchita en la pared. Eso, así mismo. Observó la escena en detalle, siempre había sido un perfeccionista. Ensayó la posible trayectoria de los que entrarían así como la secuencia de los hallazgos. Movi6 levemente algunas partes para lograr el efecto deseado. Ahora sí. Giró sobre sí mismo buscando la sierra. La levantó con dos dedos y la llevó al lavadero. Después se dio una ducha. ¡Qué calurosa la mañana! Se puso ropa limpia, de algodón. Volvió a la sala y marcó un número en el teléfono. Saludó, hizo un par de preguntas, respondió algo, bromeó y colgó. Se tomó dos minutos mirando el cactus en la plantera de la ventana; le conmovió notar que un capullo brotaba en un extremo, a punto de florecer. ¿Le faltaba algo? El lavarropas. Fue y lo accionó. El día continuaba espléndido. Se preparó un bocadillo y salió a comerlo al patio; una paloma zureaba en la canaleta de la galería; varios gorriones gorjeaban en la buganvilla del fondo. Los niños estaban en los dormitorios y algunas partes en la escalera; su esposa, distribuida por toda la sala; le costó trabajo acomodar sin salpicar demasiado pero al final la escena quedó como la había querido. Fue a la heladera a por un vaso de jugo. Miró el reloj e hizo cálculos mentalmente, pero le tranquilizaba saber que todo estaba listo. Cuando oyó el timbre caminó hasta el borde de la pileta y se dio un tiro que le cortó la digestión.

FRAGMENTO SIN UNA PLAYA

Él charlaba alegremente de su dieta vegetariana, de energía cósmica y de meditación. Ella masticaba su lomito rebosante de aderezos y tenía algo de mayonesa en la comisura derecha de sus labios. Ella acababa de renunciar a un colegio donde impartía clases a adolescentes de clases acomodadas y estaba pensando seriamente en emigrar. Hacía una cálida noche de invierno, con temperatura de diecinueve grados y viento del noreste. Algunos lapachos llovían sus flores sobre el asfalto. Los naranjos explotaban de aepús. En la radio sonaba algo de jazz, la mesa del localcito era redonda y todos estábamos por irnos: a nuestras casas, a otro país, a la mierda, a la deriva.

El mundo se está yendo al carajo, pienso mientras Ju'i sigue hablando sobre, bueno, sobre alguna cosa que ha estado desarrollando en esa perversa cabeza que tiene, mientras gesticula mucho con las manos y su cigarrillo se consume y el tiempo pasa vorazmente, consumiéndonos a nosotros a su vez, como a monstruosos cigarrillos baratos. En algún lugar, alrededor de la silla y la mesa, debe haber también, como mínimo, una mano mía pero no la encuentro de momento. En la tele están pasando un partido que nadie en el bar ve; el volumen está bajo, las voces de los clientes, altas, exageradas; las remeras de los jugadores no llevan nombres, sólo logotipos de distintas marcas; no hay en la pantalla ninguna leyenda que pueda identificar el lugar, el tiempo o las circunstancias del encuentro emitido. A los nombres se los lleva el vértigo.

Él discutía con ganas, aferrándose a la esperanza, perdiendo pelo a manos llenas, bebiendo una petaca tras otra y comiendo menos de lo necesario. Había soltado la guitarra y tomado la cámara con idéntica pasión. Pero no fue suficiente y ya no sé dónde vive. Dejamos de escribirnos hace varios meses. Creo que está por Suiza o Polonia o algo así.

Terminada la ducha, salió del baño un poco más sonriente y vino a la cama. Cuando bajó del taxi estaba nerviosa hasta la burla. El hotel esperaba en silencio. Ya era de noche. Jugamos con el control remoto de la tele y la dejamos en el canal porno. Una mentira y un pijama le cubrían las espaldas. Debajo no llevaba nada y mis pezones se habían endurecido. En el desayuno se bebió su café rápido y comió la mitad de su tostada porque no quería llegar tarde al trabajo. Habíamos terminado una semana atrás y así acababa nuestra despedida. En la vereda ya había un niño pidiendo limosna.

Ju'i continúa moviendo la boca: ¿Mastica? No, habla. Hace una pausa para hechar una seca y sacudir la ceniza y yo ya no sé si levantarme en silencio e irme o darle una bofetada y a ver qué pasa. Porque el pobre no tiene la culpa a fin de cuentas. Uno quiere también descansar un poco, arrojar el ancla en alguna isla vecina, recalar en una mirada tranquila, en una voz que permanezca, en algo que no se mueva. Pero no. El oleaje, siempre el oleaje. Y otra vez el mar, oscuro, sin pájaros en el cielo. Sin costas, sin playas. En la mesa de al lado alguien suelta una risotada que sube en grandes burbujas negras hacia la superficie. Y mientras siento las primeras medusas meterse por debajo de mi remera y arrastrarse por mi espalda, pienso: "El mar... Pero qué estúpido pensar en el mar cuando uno vive en un país rodeado de tierra". Un país rodeado. Un país sin salida. Un país sin salida al mar. Qué sé yo del mar: únicamente su ausencia, mi orfandad, este divagar por un olvido con fronteras, con el agua hasta el cuello y sin saber nadar.

Me decía Chito que a lo mejor empezaba a fumar o algo porque ya era hora de tener algún vicio realmente pernicioso. Con todos sus mambos de laburo a cuestras, le dolía la cintura, a lo mejor los riñones, decía, y no pegaba nada ya la onda. Le preocupaban sus viejos, que en serio estaban viejos y no tenían jubilación ni ahorros, y ahora qué, preguntaba a nadie, al aire, al destino, qué sé yo, después se acariciaba la barba y hojeaba un librito de poemas bastante destartalado. Los exámenes que tomó a su clase de cursos acelerados se amontonaban en un rincón de la mesita que era también el comedor, la biblioteca y la sala. El apartamento le quedaba chico y la miseria le venía grande.

Amenazaba una tormenta. Ella me tomó de las manos, me llevó a la terraza del edificio, junto a la piscina, recostó mi cabeza sobre sus muslos y me cantó una canción. Tenía una voz muy dulce; su regazo olía a jazmines. Hace un año

falleció sobre la mesa de un quirófano, quizá de negligencia, extraña enfermedad, y no tuve el valor de asistir a su velatorio. ¿A qué verla muerta después de haberla visto tan viva? Quemé todo lo que nos escribimos y enterré los restos en tierra roja y húmeda, junto con hojas de naranjo.

La cabeza de Ju'i cuelga hacia delante, su cuerpo se balancea suavemente de un lado a otro. Otro resto mecido por el oleaje de este mar de naufragios: días tras días tras días. Lo miro, parpadeo, y ahora Ju'i flota, con silla y todo; alrededor, todas las mesas y sillas y clientes, el local entero, flotan. La calle ondula y los árboles se vuelven algas. Nada queda en pie y por todas partes las olas de los momentos, chocando unas con otras.

Así que, finalmente, decido irme a dormir. Agarro mi librito de edición barata, con la cubierta sostenida a base de cinta scotch, aunque no veo por qué no lo tiro o lo dejo aquí o se lo regalo al tipo de la barra, qué importancia tiene, me tambaleo algo, sí, señor, me tambaleo por el mal de amura o mareo marino que le dicen, vasos y botellas que chocan entre sí, el señalador que se desliza de entre las páginas y cae bajo la mesa, tampoco importa, creo que me despido o algo así, sonrío o algo así, tiendo la mano (o algo así) a Ju'i que me importa menos todavía que el libro o el señalador, y salgo al gran charco, sin esperar respuesta ni reclamos.

Afuera está la noche, toda rota y con los pedazos esparcidos. Encima parece que era nomás de plástico la desgraciada, porque ni ahí vas a encontrar la manera de juntar los trozos rotos, de pegarlos y que otra vez queden parecidos a como estaban antes. Habría que tirarla nomás ya, sin gestos de ningún tipo y pensando en otra cosa. Con indiferencia y sin estilo. Cada porquería que fabrica China. No da ni para lamentarse.

Esperando el colectivo o el amanecer o ambos juntos, agarro una astilla de la madrugada y una estrella de mar, sin que nadie se dé cuenta, y me las guardo en el bolsillo. Me miro las manos para asegurarme que no las dejé por ahí (soy tan descuidado). Están las dos, arrugadas y grises por el agua, y me pregunto si a esta edad todavía puedo aprender a nadar.

LA GENTE DETRÁS DE LAS PAREDES [RITUALES 02]

Ya llegaban. Todos a esconderse. El ascensor se detuvo dejando escapar un par de chasquidos bruscos y agotados. Él abrió y se hizo a un lado para que ella pasara, luego cerró, cuidando que la hoja no hiciera aquel ruido escalofriante al encontrarse con el tope de metal.

Como en una coreografía largamente ensayada, caminaron uno detrás de otro, profesionales, silenciosos. El pasillo era estrecho, de puertas cerradas y paredes ciegas, vacío como casi siempre. Los fluorescentes del techo acentuaban la anemia de la pintura ocre; las baldosas eran baratas y de un tono casi olvidado de amarillo; ni siquiera la presencia roja y acechante del extintor aliviaba la escena. Llegaron a la puerta donde moría el pasillo.

El hombre levantó un rostro poco afortunado en facciones y observó las mirillas de las puertas vecinas con algo de impaciencia, como si se supiera vigilado. Alguien ahogó una risotada en alguna parte, convirtiéndola en un resoplido obscuro. La mujer se arregló el cabello detrás de una oreja y escarbó distraídamente en su bolso de mano, hasta sacar un manojito de llaves. El tintineo resultante fue devorado por el zumbido del elevador, súbitamente en movimiento en el silencio enclaustrado. El hombre giró la cabeza en aquella dirección, con los labios contraídos en un rictus de tensión.

La puerta del departamento se abrió y la mujer cruzó en el umbral, encendiendo las luces de dentro. Él continuó mirando hacia el ascensor, en espera o quizá en guardia. Cuando finalmente se dispuso a seguir a la mujer, un crujido que resonó a sus espaldas le paralizó el ademán. Un segundo ruido crepitó más cerca, hubo un titilar vacilante y la iluminación disminuyó su intensidad, como si un fluorescente, a mitad del pasillo, se hubiera apagado. El hombre no miró atrás: entró, cerró la puerta y echó el cerrojo en un solo movimiento, torpe y convulsivo; luego se apartó. Esperaba nuevamente pero ya no en guardia, más bien parecía un animal acorralado. Pero no se oyó nada más. O tal vez sí, pero quizá fuera el televisor de algún vecino. De cualquier manera, el hombre no había escuchado nada, o al menos no lo demostró; se pasó una mano por la cabeza, miró su reloj y siguió los pasos de la mujer.

Ella estaba de pie en el estar-comedor, sobre la alfombra naranja y roja. Miraba hacia el balcón; colgaba los zapatos de la punta de dos dedos. Una polilla le revoloteó cerca de la nariz y luego subió hacia el cielo raso, buscando el plafón. La mujer siquiera parpadeó. Él siguió camino hacia el dormitorio.

Al primer paso de Alejo al interior del cuarto, un potente coro de grillos rompió a cantar al unísono, recibéndolo con una fanfarria enloquecida, una especie de feroz zumbido pulsante, cuya frecuencia bajaba y subía. Desde que aparecieron los primeros bichos se habían comportado así ante su cercanía (Alejo Alejo así cómo sonaba como se oía en los labios de Irma). Había miles de aquellos bichos por toda la habitación, saltando, chirriando, arrastrándose, crujiendo al ser aplastados con los pies; aún así, Alejo nunca había encontrado alguno fuera del dormitorio (qué pasará cuando salgan cuando invadan los otros ambientes qué vamos a hacer vamos Irma vamos tienes alguna respuesta para esto Irma Alejo nuestros nombres qué más dónde).

Cerró y soltó un profundo suspiro. Dadas las circunstancias, aunque fueran una locura, Alejo hubiera querido que el aire de la habitación oliera a vegetación húmeda, a flores nocturnas, a hojas muertas, a alguna cosa por desagradable que fuera. Pero el único olor por allí era el de un vacío aséptico, un fantasma en suspenso, el recuerdo de algún potente desinfectante sistemáticamente aplicado alguna vez, en un tiempo ya lejano y olvidado. Caminó hacia donde había estado ayer el ropero, sin saber muy bien para qué, moviéndose a tientas en la noche permanente del dormitorio, esquivando como podía el fantástico desorden de muebles, enredaderas, libros amontonados, islas de helechos y charcos de agua barrosa, en una habitación cuyos bordes se habían vuelto imprecisos con el correr de los meses. En

una ocasión, Irma y él habían venido a buscar frazadas y tardaron horas, no sólo en salir, sino en volver a encontrarse, llamándose a los gritos, tropezando entre la hierba, enganchándose en espinos (después de aquello empezamos a entrar de uno a la vez Irma te acordás para el caso que el otro no pudiera regresar por sí mismo Irma Irma ya no estoy seguro si ello serviría de algo hoy ahora).

La niebla lechosa que habitaba permanentemente el lugar, encontraba cualquier resquicio en la ropa de Alejo para introducir un dedo frío hasta su piel, enroscándose a cada paso que aquél daba torpemente en la oscuridad, tanteando con pies y manos a la vez. Tropezó con algo que podía ser la cama. Con niebla o sin ella, no necesitaba ver mucho para saber que el caragatá seguía creciendo. La planta había brotado, fuerte y saludable, en el centro exacto del colchón somier, cuando todavía luz y tinieblas se equilibraban en el ambiente; tanto Irma como él, la habían arrancado, cortado y rociado con herbicida incontables veces antes de rendirse a dormir en el pequeño estar-comedor (sobre el sofá o en el suelo Yo con la cara fija en el cielo raso Irma Irma qué sabroso pensar tu nombre cuánto tiempo hace Irma sencillamente te sentás en una silla con la espalda muy recta mirando hacia la puerta-ventana que da al balcón despierto y ya estás bañada lista para salir o sumergida en la pantalla del televisor o en el monitor de la computadora en ciertas mañanas terribles mañanas todavía estás sentada como te había dejado en la madrugada recién pasada mirando fijamente hacia el día que avanzaba del lado de afuera).

“Afuera”, susurró Alejo, casi ahogándose, y comenzó a desandar el camino hacia la puerta, un pequeño rectángulo de luz en aquella negrura selvática y ruidosa con olor a nada; el canto de millones de insectos lo ahogaba en latidos casi líquidos.

De vuelta al estar-comedor, el hombre murmuró algo y se tambaleó un poco, como si el silencio que lo envolvía le hubiera quitado el aire. La mujer veía una serie en la televisión tendida en el sofá de color morado; se había sacado los aros y los hacía girar entre los dedos de uñas pulcramente pintadas; el volumen del aparato al mínimo, el control remoto apoyado en el vientre. Un grillo caminaba cerca del botón de “apagar”. De pronto saltó directamente a los labios de ella. Desde algún balcón de los pisos de arriba, llegaba el tintineo cristalino de unas campanillas, movidas por la brisa que subía de la bahía de Asunción.

Fuente digital: <http://www.textosuelto.blogspot.com>

Enlace verificado a Setiembre 2012

Ingresar al Perfil Completo en PortalGuarani.com ➤

Portal Guarani © 2024
Contacto: info@portalguarani.com
Asunción - Paraguay